

piarse finalmente una de las islas y apoderarse de todo el grupo de Hawai, más cercano á sus costas. En realidad, esta última adquisición no era, bajo forma política, más que un negocio comercial: unos plantadores americanos y algunos de esos misioneros religiosos que se hallan siempre en todo asunto de captación, habían monopolizado gradualmente y cultivado las buenas tierras del archipiélago para la producción de la caña de azúcar. Trabajadores alquilados, importados de las Azores, de las islas Oceánicas, de la China y del Japón, reemplazaban sobre aquellos campos á los indígenas, que quedaban fatalmente destinados á la miseria y á la muerte, y las abundantisimas cosechas pudieron pronto, gracias á la anexión, beneficiarse de la libre importación en los Estados Unidos, aunque el caso constituyera una infracción de la doctrina tradicional y representara la continuación de la antigua política de los esclavistas.

Después estalló la guerra hispano-americana, en la que el gobierno español se halló empeñado por su loca obstinación en continuar la opresión económica y política de Cuba: un poco de prudencia, una apariencia de justicia, algunos sentimientos equitativos hubiesen hecho de los Cubanos, que con justificados motivos desconfiaban de sus vecinos los Yankees, ardientes patriotas castellanos. Pero los dominadores rara vez saben moderarse, y suelen llegar hasta los límites extremos de su poder tentando al destino; su obcecación, que llaman el honor, lo quiere así. España marchó, pues, conscientemente á su ruina, dejando en buena actitud á los políticos de los Estados Unidos, quienes, como es natural, tuvieron la pretensión de intervenir en nombre de la justicia y de la humanidad. Los últimos actos de la soldadesca española en la desgraciada Cuba, donde, con algunas intermitencias, la lucha duraba cerca de cuarenta años, fueron verdaderamente horribles: jamás los procedimientos de guerra habían causado tantos desastres en la colonia. El censo de 1887 indicó una población insular de 1.742,000 individuos, el que más de diez años después, siguió á la retirada de las guarniciones españolas, dió un total menor de 269,000 personas. Los patriotas de la isla pudieron creer que esas pérdidas serían el rescate de su libertad y que los Estados Unidos cumplirían su promesa de respetar la perfecta autonomía de los Cubanos, libertados por las armas de la República

americana, grande y generosa. Y en efecto, oficialmente, desde 1902, Cuba tiene el rango de potencia independiente, con su presidente de la República, su vicepresidente y dos Cámaras elegidas, pero esas son ficciones que no engañan á nadie: desde todos los puntos de vista, y sobre todo económicamente, la gran isla forma parte del dominio del gran capital americano. Pero la guerra presentaba otros



UN RINCÓN DEL PUERTO DE LA HABANA

Cl. Kuhn, edit.

objetivos, la rica Antilla, Puerto Rico, y allá lejos, en los mares de China, el vasto archipiélago de las Filipinas.

La extrema desproporción de las fuerzas entre los barcos americanos y las flotas españolas, de material gastado y de artillería vieja, dió á las peripecias de la guerra, en las Filipinas y en las aguas antillanas, un aspecto teatral propio para excitar la imaginación de las gentes sencillas y para producir el pueril entusiasmo del pueblo vencedor. El desfile circular de los barcos del almirante Dewey, pasando sucesivamente delante de la flota española, en la bahía de Manila, y en menos de una hora transformarla en inmenso brasero; los barcos del almirante Cervera escapando uno tras otro de la estre-

cha garganta de Santiago y yendo, sin combatir, á tropezar de escollo en escollo á todo lo largo de la costa, fueron cuadros poderosamente trágicos de que se apoderaron los periodistas, los novelistas, los actores y los versificadores, exaltando hasta el delirio el patriotismo de los políticos de América. Su lenguaje había cambiado súbitamente, y en las asambleas cesó de celebrarse la emancipación de los pueblos sobre el modo lírico para no pensar más que en la conquista y el botín: como los cortesanos de Napoleón antes de la campaña de Rusia, los de los « héroes » americanos no hablaban más que de los « pliegues temblorosos de la bandera » y del « vuelo del águila de alas desplegadas ». Pero lo que es aún más grave, la República se dejó infectar completamente por el ejemplo de todas las brutalidades antiguas.

Verdad es que la conquista violenta es inconciliable con la Constitución, pero esa Constitución, que se afecta continuar venerando religiosamente, carece de la elasticidad necesaria para que pueda conformarse con ella la política americana, que se desarrolla y se modifica con el tiempo, en bien ó en mal, según los impulsos del mismo pueblo. Por otra parte, el Tribunal Supremo, que es el gran intérprete de la Constitución, ha declarado repetidas veces que la voluntad del Congreso es superior á la Constitución. Al principio de la guerra de la independencia, el pago de las tasas por las colonias no representadas en el Parlamento de Westminster les parecía la injusticia por excelencia, y más de un siglo después, esas mismas colonias convertidas en República norteamericana, hallaban perfectamente justo imponer derechos de varias clases á las poblaciones de Puerto Rico, sin necesidad de consultarles¹.

Y á pesar de la Constitución y de la doctrina de Monroe, la América de Washington se cree con derecho para conservar la posesión colectiva de las Filipinas, y procede á la ocupación de aquellas islas por medios tomados de las prácticas del exterminador hebreo Josué y del atormentador Torquemada. En los tiempos modernos, fecundos en horribles represalias, como todas las edades de la humanidad, oscilantes entre el bien y el mal, hay pocos incidentes

¹ Darius H. Pingrey, *The Forum*, Octubre 1900.

tan abominables como la orden militar del general Smith, condenando á muerte á todos los varones de la isla Samar mayores de diez años.

De ese modo, al principio del siglo XX, la República norteamericana se une á las otras grandes potencias en la triste solidaridad de política agresiva, creadora de desavenencias internacionales, y se



Cl. P. Sellier.

UNA ESCENA DE EVICCIÓN EN IRLANDA

Bajo la dirección de la policía, el arrendatario es expulsado y la casa queda inhabitable.

acostumbra á la idea de nuevas guerras. Y sin embargo, el conjunto de los pueblos civilizados se halla actualmente repartido de una manera muy estrecha sobre el globo empequeñecido para que sufra las mismas conmociones, participe en los mismos movimientos de opinión y tienda á administrarse según principios comunes. En oposición á esta tendencia, pero sometiéndose á ella en apariencia, puesto que no se habla ya del « concierto europeo », sino del concierto mundial, los diversos grandes Estados, obedeciendo á sus tradiciones de rivalidad y de odio, continúan su antigua política de conquista y de anexión, de privilegios y de monopolios y hasta

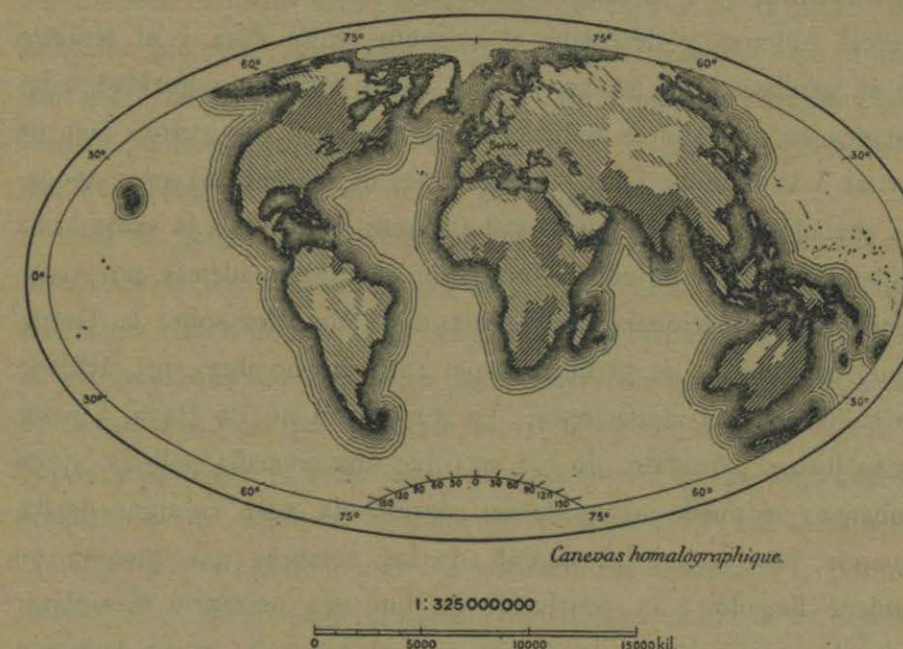
tratan de levantar murallas de la China á lo largo de sus fronteras, y no abdican en manera alguna el viejo derecho de opresión y de matanza sobre sus súbditos. Se ha visto á la Puerta matar metódicamente más de 300,000 Armenios, de quienes temía su activa inteligencia y sus sentimientos demasiado libres; se ha visto á Rusia asistir complaciente á esos horrores y hasta facilitarlos, quizá con objeto de que sus regimientos, en un porvenir próximo, pudieran apoderarse fácilmente de una tierra sin habitantes sospechosos de espíritu revolucionario; se ha visto, en fin, á cada gobierno reservarse para continuar en su país, según las circunstancias, toda clase de actos por censurados que sean por la opinión del mundo entero. Sin embargo, sobre esas naciones y sobre los que las rigen, aparece ya, y cada vez con mayor claridad, una imagen más grande, la del género humano constituyéndose en organismo unitario.

¿No es ya un hecho de importancia capital que casi todas las naciones cultas de la Tierra se hayan asociado en «Unión postal universal» para el transporte á través de los continentes y los mares, de las cartas y documentos, de los impresos y papeles de negocios, de las muestras de comercio, y por último, para el pago de pequeñas cantidades de dinero, y esto por un precio mínimo determinado de antemano según una tarifa uniforme? Desde el año 1875 funciona el servicio de una manera irreprochable, sin que los diversos Estados hayan de ocuparse de él más que para suministrar á la empresa universal el material necesario á las expediciones y para percibir la parte de los ingresos que les corresponde según las cuentas generales. Cada año se da á los interesados alguna nueva facilidad, alguna reducción de tasa; cada año la Unión postal cuenta con algún nuevo país en su liga que comprende ya más de mil millones de hombres, y el movimiento prodigioso de sus negocios aumenta en proporciones imprevistas. Para esta inmensa tela de araña que extiende sus hilos sobre toda la superficie de la Tierra, se ha escogido como centro la ciudad de Berna, humilde capital que no hace sombra á Londres, ni á París, ni á Chicago.

Después del éxito de esa hermosa obra mundial, se han lanzado muchas otras con el mismo resultado por la iniciativa de los individuos y de los grupos, á quienes los gobiernos, obligados por

la fuerza de la opinión pública, han debido suministrar medios de ejecución. Así también los marinos de todas las naciones cambian las noticias por medio de señales conocidas de todos, y los contagios, peste ó cólera, son detenidos en el lugar de origen, y telegrafado el estado del barómetro de observatorio en observatorio, se traza diariamente desde 1863 el mapa de las presiones atmosféricas, base de toda previsión del tiempo. Y aun eso no pasa de insignificante.

N.º 471. Unión postal universal.



En 1907, China, Abisinia, Marruecos, Afghanistan, Nepal, Bhutau y el sultanato de Oman no forman todavía parte oficialmente de la Unión postal universal. En China, un servicio independiente se relaciona con la Unión universal y sólo cuesta 25 céntimos expedir una carta de Europa á cualquier gran ciudad china.

El rayado estrecho cubre las diferentes partes del imperio británico entre las cuales el franqueo de las cartas sólo cuesta 10 céntimos por 15 gramos. Los territorios dejados en blanco son aquellos en que, á consecuencia de la falta de habitantes, no está organizado el servicio.

nificantes resultados del acuerdo mundial en comparación de los que tantos filántropos esperan del arbitraje. Verdad es que por el momento empiezan mal, conviniendo para escoger como árbitros á los personajes cuyo objetivo es directamente opuesto al de las naciones, á los dominadores que viven como parásitos de la médula del pueblo y cuyo interés inmediato consiste en tenerle en esclavitud. Cuando la conferencia de La Haya se reunió en 1899, los inspiradores de

aquel Congreso internacional creyeron atestiguar una habilidad genial haciendo que el czar expidiera las invitaciones, aquel entre todos los hombres que, por el título y la ilusión de los pobres de espíritu, se acerca más á la majestad divina. Se imaginó cándidamente que la paz universal tenía grandes probabilidades de realización entre los pueblos porque el emperador de todas las Rusias se declaraba partidario de la conciliación universal; pero en el momento mismo en que el czar convocaba á los delegados de las potencias para reunirse bajo su sombra protectora, llamaba á las armas nuevas fuerzas militares y decretaba el aumento de su flota y el refuerzo de su artillería. Al mismo tiempo, como para dar seguridad á los Estados conquistadores ambiciosos de anexiones, se guardó bien de invitar á la reunión á los representantes de los pueblos amenazados: los enviados de las repúblicas sud-africanas, á las que á la sazón hacía Inglaterra una guerra indigna, no fueron admitidos; además, por «conveniencia internacional», el representante de Dios sobre la Tierra, aquel cuya misión es predicar la paz entre los hombres, fué olvidado en la lista de las invitaciones. La conferencia de La Haya, á pesar de su ilustre patronato, no fué más que una comedia política, y sin embargo, no puede menos de ser considerada como un signo de los tiempos, porque, si la opinión de los hombres que piensan no hubiera llegado á la conclusión de que era necesario reemplazar todas las violencias de la guerra por el arbitraje, no se hubieran tomado la molestia de practicar aquel engaño.

Como quiera que sea, la aparición de esa nueva anfictionía de los pueblos se manifiesta cada vez más, á pesar de los intereses privados, exclusivos de los diversos Estados que quisieran conservar su aislamiento, y que, bien á su pesar, se han visto obligados á constituirse en un sindicato general. El escenario se ha ampliado, puesto que comprende ahora el conjunto de las tierras y de los mares, pero las fuerzas que luchaban en cada Estado particular son igualmente las que se combaten en toda la Tierra. En cada país el Capital trata de avasallar á los trabajadores; así también sobre el gran mercado del mundo, el Capital, aumentado desmesuradamente, prescindiendo de todas las antiguas fronteras, trata de hacer que obre en su provecho la masa de los productores y de asegu-

rarse la clientela de todos los consumidores del globo, salvajes y bárbaros, lo mismo que civilizados. Se ha dado ya el caso de que una orden de bolsa determinara el envío de una escuadra, cuando el ministerio francés hizo ocupar Mitilene para recuperar un crédito usurario, y la guerra de Grecia contra Turquía, en 1897, estuvo de tal modo mezclada de especulaciones sobre los fondos otomanos, que surgió la duda de hasta qué punto las hostilidades eran serias ó servían para ocultar bajo la farsa de las batallas y del fuego de los cañones el juego más desenfundado del alza y de la baja. Era evidente que todo había sido preparado de antemano: todo se arregló para dar la victoria á los gruesos batallones de Turquía y para asegurar á la pequeña Grecia la posesión á lo menos mediata de la isla de Creta, que era el objeto de la guerra.

En la actualidad, la omnipotencia del Capital y su carácter internacional son fenómenos tan bien establecidos que se habla sencillamente, como de un hecho consumado, de la próxima substitución de los gobiernos por los bancos para la gerencia de la administración, lo mismo que para las empresas de la paz y de la guerra. Por lo demás, puesto que ya administran directamente — aunque bajo nombre supuesto — los miles de millones del presupuesto, ¿no administran también indirectamente todos los negocios del Estado? Y, por eso mismo, ¿no toman las diversas individualidades políticas un carácter cada vez más internacional bajo la dirección del sindicato, que puede tener interés en exaltar á tal ó cual figura de la farsa política y que no ve en las naciones sino cifras que inscribir, según las necesidades del momento, en tal ó cual columna del gran libro? Y sin embargo, por terriblemente poderosos que hayan llegado á ser esos grupos de comanditarios que se disputan los tesoros del mundo, no son todavía los dueños; cada día se producen conflictos entre ellos y las multitudes de trabajadores que emplean, debido á que la contradicción económica es absoluta entre el Capital y el Trabajo: en tanto que el primero tiene por tendencia natural reducir á esclavitud á todos los que se hallan á su servicio, el segundo no puede menos que envilecerse y hundirse en la baja rutina si no es libre, espontáneo, alegre y creador de fuerza personal y de iniciativa. La conciliación de esos dos contrarios, cuadratura del círculo que bus-

can algunos hombres de bien, es imposible, pero á cada nueva lucha, da lugar el resultado á transacciones temporales que, si hay progreso, se aproximan gradualmente á la justicia, que trae consigo la libre participación de todos los hombres en el trabajo, en sus productos y en las maravillas que descubre.

Tal es el ideal de la sociedad. Estudiemos el estado actual de las cosas para ver si, en su rápida marcha del día, se mueve la humanidad en la dirección deseada.



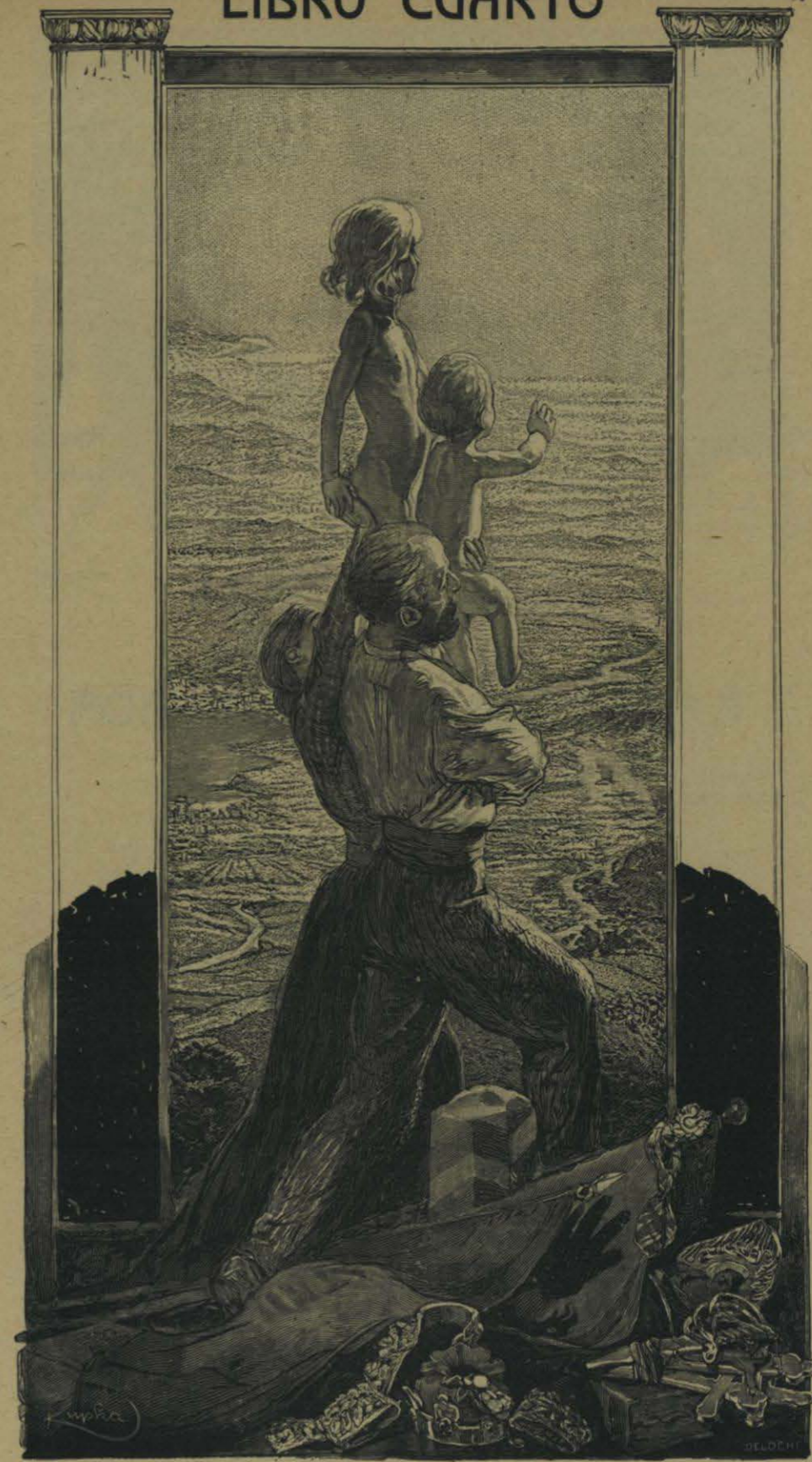
LIBRO CUARTO

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Población de la Tierra. — Las ciudades y los campos.
 Latinos y Germanos. — Rusos y Asiáticos.
 Inglaterra y su cortejo.
 El Nuevo Mundo y la Oceanía. — El Estado moderno.
 La Cultura y la Propiedad.
 La Industria y el Comercio. — La Religión y la Ciencia.
 Educación. — Progreso.

LIBRO CUARTO
HISTORIA
CONTEMPORÁNEA

LIBRO CUARTO



HISTORIA CONTEMPORÁNEA